

más allá de agosto

Lourdes Rodríguez Becerra



Más allá de agosto

-

Lourdes Rodríguez Becerra

Más allá de agosto
Lourdes Rodríguez Becerra

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2021.
128 páginas: 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-9915-9381-1-0

Narrativa

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Lourdes Rodríguez Becerra, 2021.

© Verbum - libros SRL, 2021.

Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy

criatura@criaturaeditora.com.uy

Diseño: Juan Odriozola

Ilustración de cubierta: Ceciro

Corrección: Mariela Oreggioni

Las citas textuales de poemas fueron tomadas de:

Cristina Carneiro, *Para simplificar*, Yaugurú, Montevideo, 2019.

Idea Vilariño, *Poesía completa*, Cal y Canto, Montevideo, 2012.

Alejandra Pizarnik, *Poesía completa (1955-1972)*, Lumen, Barcelona, 2019.

Marosa di Giorgio, *Los papeles salvajes*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2018.

Impreso y encuadernado en

Gráfica Mosca

Montevideo - Uruguay

Depósito legal . - Comisión del papel

Edición amparada al decreto 218/96

A todas las brujas, a las buenas y a las malas

... al entrar en mi historia comprobé que no era mía.

TATIANA OROÑO

Jueves, 1.º de agosto

Tengo frío. Es tarde. Hubiera querido meterme en la cama mucho antes, pero quedé inmóvil en el sillón del escritorio. No sé muy bien qué hice en ese tiempo. Sé qué quise hacer y no pude: escribir. La marihuana está acunada en una hojilla sedosa, quién sabe hace cuánto. Un momento después estoy pitando. Me atoro, toso, toso. Voy a la cocina a buscar agua con hielo. Al inclinar el vaso lo advierto: no me moví de la silla. Seguía allí, imperturbable, sedienta. Perdida en la noche.

Miro el reloj.

Creí que solo habían pasado diez minutos y no: hace dos horas espero, acá sentada, que mi cuerpo escriba o me lleve a la cama, que haga algo. Es una sensación similar a cuando el despertador chilla y salís corriendo a trabajar, pero el despertador vuelve a chillar.

Logro, finalmente, llegar a la cama. Mis manos están heladas. Las convierto en un hueco, las templo con disparos de mi aliento y después las froto, como si las enjabonara. Mientras repito la operación se me ocurre que tuve un pequeño viaje sin tiempo y que debo registrarlo, aunque no sé muy bien por qué o para qué.

En un impulso, a tientas, abro la computadora. Acomodo las almohadas en la espalda, echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos.

Estoy en el sillón del escritorio. Me veo desde cierta distancia.

El recuerdo (todo es recuerdo al instante) suena como el quejido de aquel radiograbador con doble cassette que en mi infancia era moderno. Sobre el final del lado A o del lado B el aparato emitía un zumbido lento, como si se estuviera ahogando o fuera a explotar, hasta que la tecla-botón saltaba con un chasquido. Así, rebobinando al tuntún mi panorama reciente, me detengo en el momento en que Lena aparece para darme *el beso de buenas noches* (nunca es uno solo), pero el plano de la evocación cambia.

Ahora yo soy yo y el recuerdo es mudo.

Lena está a mi lado. Tiene cara de pícara cuando dice: «Buenas noches, mamita tierna». Corre a su cuarto, descalza como siempre, y vuelve enseguida por algún peluche (y por otro beso). Martín gesticula, dice algo y le respondo. Me trae un vaso con agua y cubos de hielo. Por mi garganta desciende compulsivamente el líquido frío.

Escucho de nuevo, pero yo sigo siendo yo, desde mi cuerpo.

Martín le dice a Lena que es tarde y yo le digo que mañana tiene que bañarse, sí o sí. Le pido a Martín que cuando vaya a nuestro dormitorio deje prendida la luz de mi portátil, que ya voy.

Me quedo sola. No tengo que estar para más nadie, entonces puedo volver a contemplarme como si en realidad no se tratara de mí, sino de la mujer embalsamada frente a su escritorio. Allí está, erguida en el sillón. Soy yo, sostenida por un eje imaginario que viene del centro de la Tierra, sale por mi cabeza, rom-

pe el techo de la habitación y sigue camino, eyectado hacia la inmensidad. Hacia lo desconocido.

Aquí sucumbe el recuerdo.

Pestañeo conscientemente para asear el pensamiento. Aprieto los ojos, sacudo la cabeza. Debo resetear. Todo se ha ido muy lejos.

Una cinta magnética está atorada en un trozo de adoquín, al costado de una calle sin asfalto, una calle corta, que nace y muere enseguida, como casi todas las del barrio donde me crie, lejos del centro, lejos de todo. Es muy larga la cinta, como de un casete de 120. Flamea enmarañada, se elonga en la dirección del viento, como buscando algo. Es liviana. O débil.

Yo soy yo, con los ojos de mi niña.

El recuerdo es el del movimiento de esa cinta marrón amargura. Cada tanto, cuando el sol la provoca, enciende puntos refulgentes, y eso me hace sentir un poco de alivio. El pedregullo está caliente. El sol pica. Ha de ser verano. No sé si este recuerdo es de un día en particular o es la síntesis de lo reiterado en ciertas épocas, porque los sentimientos hacia aquel objeto yacido a la intemperie son conocidos. Pero da igual, lo importante es que allí, en ese embrollo marrón con destellos, reconozco el sepulcro de las melodías más tristes de mi vida. Como si, con el despojo de esa cinta, se hubieran perdido cosas importantes y ya no se pudiera volver atrás. En su estiramiento, la cinta intenta desprenderse del pedregullo, como si quisiera zafarse del trozo de adoquín, pero cae. Ha sido abandonada por su carcasa protectora. ¿O arrancada por la

fuerza? ¿Cómo llegó allí esa cinta, ese lazo destruido lleno de secretos que ya no podrán decirse ni escucharse? Algo se había perdido para siempre. Mi niña lo sabía. Pero eso lo sé ahora, acabo de advertirlo. En este instante nuevo.

Martín ronca.

No sé cómo llegué a la cama, ni a todo esto. Lo único que sé es que empezó algo.

Hace treinta y seis minutos comenzó agosto.

Más allá de agosto

Lourdes Rodríguez Becerra

Agosto es una casa, una defensa contra el frío del exterior, pero también un límite. Esta voz se escribe como un diario —por momentos doméstico, por momentos poético— que va creciendo hasta construir una identidad fragmentaria y dislocada; una historia personal fundada en un abandono y que no puede contarse más allá del último día de agosto. La primera novela de Lourdes Rodríguez Becerra está llena de fantasmas, de monstruos que solo las brujas pueden ahuyentar.

«Hay muchas formas de lidiar con fantasmas. Lourdes Rodríguez, porque es escritora, se pone a escribir. Se da cuenta de que es escritora porque, cuando comprende que está poseída, hace lo único que puede hacer: armarse de palabras para identificar al fantasma, para sitiario y tal vez, si tiene suerte, para exorcizarlo. *Suerte* significa encontrar las palabras justas y significa también dotarlas de belleza; se trata, a fin de cuentas, de una estrategia para combatir el mal, se trata de literatura. Ahí, en la búsqueda desesperada de precisión y de belleza, reside el poder de este libro, que nos recuerda, además, que la escritura puede ser una forma de hacerse cargo, de andar por la vida de ojos abiertos.» Daniel Mella

